

—¿Pues qué, lo visteis después de haber desertado? preguntó el padre capellán con ansia.

—Sí, señor, contestó el tío Bernardo; pero escuchadme, que todo os lo voy á referir. Desde que oí la voz que era José el desertor, dije yo que no lo era, y me la mantuve hasta con el juez que me mandó llamar; no tenía mas razón que alegar, sino que cuando á ese infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta convicción era mas fuerte que cuantas pruebas me pudiesen dársele. Mis sospechas tenían yo de quien fuese el reo, porque tambien lo conocía de vista; pero no podía aventurarme á nombrarlo sin una prueba que á él me autorizase.

—¿Pero á quién sospecháis de ese atentado? preguntó el capellán clavando los ojos en su interlocutor.

—En alma de Cain que vos no conocéis, padre; esa es harina de otro costal, y saldri á amasarla á su vez; todo se andará si la saga no se quiebra. Había yo recojido cuando la desgracia el perro de mi padre, que era valiente y fiel como de buena casta. Un día que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta y se puso á abullar lastimosamente; por mas que lo llamaba no quería seguirme ni desviarse de la puerta; preciso será, pensé para mí, abrirle para que se desengañe que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entonces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar su cabeza y dar abullidos, hasta que llegando á un rincón en el que solía dormir sobre un monton de paja, sacó entre esta un girón de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él y le arrebaté aquel girón, que al examinarlo hallé ser la tira de un pantalón, que desde luego discerní habria arrancado aquel valiente animal al asesino al verlo acometer á su amo. Conociase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalón, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera habia una carta.

—¿Una carta! exclamó agitado el capellán.

—Sí señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre; y esto bastaba, que una chispa enciende unas llamas grande.

—Tío Bernardo, exclamó el capellán levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza; ¡tenéis en vuestras manos su salvación, y habéis dejado morir á un inocente!

—Aguardé su merec, señor, que no he acabado, repuso el tío Bernardo con calor, oíd hasta el fin y juzgad despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado, y otro tanto sucedia al reo; pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así discerní que era más precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte impossibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano prometiéndole un buen estipendio que me avisase cuando viese en los papeles de la prisión del uno ó del otro, á pesar que siempre estové en el entender que aquel serian traidos para seguirle la causa; mas ambos parecian haber caído en un pozo, porque pasaron los años sin que nada se supiese ni del uno ni del otro. Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fui encargado á Ronda, y desde allí tuve que andar á algunos pueblos, un día que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero en el que con sorpresa reconocí á José.—¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí?—Sí señor, tío Bernardo, me contestó sin alterarse; pero no sé lo diga V. á nadie, no sea que me quieran volver á llevar al regimiento á ponerse casaca y corbata.—¿Y tú desertaste solo? le pregunté.

—No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometió por el alma de mi madre.—¿Ben está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿quién hicieron ustedes al desertar?—Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó; al anochecer mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.—Ya, dije, ya estoy; ¿y qué hicieron ustedes despues?—Aguardamos la noche, me contestó José, y entonces fué mi compañero á ver si mi padre por si nos quería soltar.—¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté.—Porque mi compañero dijo que mi padre se pondria fuera de casa si me veia desertado.—¿Y no te pidió nada tu compañero?—¿Qué me habia de pedir? Pero sí recuerdo que me pidió mi esbaya y un pañuelo que no me devolví ni yo le pedí, porque cuando vino estaba desalentado, habiendo visto á unos de la partida que nos venian persiguiendo; me trajo el pobrecillo ¡Dios se lo pague! mi rebo de pastor, que le pidió á mi padre, diciéndome que me la pudiese y me metiese por los breñales de la sierra, que él iba á tirar hacia la raya de Portugal, y aquí estoy.—¿Y no te dio parte de lo que le dijo tu padre? le pregunté.—¿Qué habia de dar mi padre! ¿dará ya nada! Nada le dio; eso bien se lo proveyo yo antes que fuese á pedirsele.—Es que lo padre no tenia dinero, hombre, le dije.—Sí señor; ¡vaya á

tenia! y mas de cien ocaas de oro tambien, que yo las cuqué.—¿Y le dijistes esto á tu compañero?—Sí señor; pero á la par le dije que antes se le arrancaba á mi padre el corazón que sus ocaas, y así sucedió.—Oye, José, ¿y no te dijo tu compañero que tu padre habia muerto?—¡María Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su merec?

—Mis temores tenia yo que aquel condenado hubiese podido pervertir á José, porque al fin dice el refrán que la sangre se hereda y el vicio se pega; pero visto el cuidado que se toma con tanta sorpresa y dolor, que si aun me hubiese quedado dudas sobre su inocencia, se hubiesen desvanecido. Sí, hombre; le dije, murió. Entonces José se puso á llorar á sollozos; lo consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto; pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió; despues de lo cual nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volví á llamar.—Tío Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pagado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi padre empotradas sus ocaas; siquela V. y mándele á decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el pobrecillo de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba. Vuestro padre fué el muerto, preguntó el tío Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalón que contenia la carta; aquí tenéis la condensación de su verdugo.

El padre capellán alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvella de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo; y mientras el tío Bernardo cumpia con despacio el encargo, el padre capellán se presentaba en un violento estado de agitación por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al capellán; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufrimientos; guardad vuestra prueba condonatoria; yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, puesto que esto ya nada remedia.

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no queréis reivindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿A qué? repuso con abatimiento el capellán.

—A borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se estingue en mí.

—¿Y vos queréis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tío Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen; pienso agragarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tío Bernardo.

—¿Pues qué, perdonarais?!

—Haré lo que pueda para lograrlo, y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor, dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tío Bernardo, eso es ser santo.

—No; es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir; y no creáis que sea preciso ser santo para esto; la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que lo liere.»

—El padre de su merec decía que tenia José sangre de horchata, y quiere parecer que esta es la de toda la familia, padre capellán; si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habria de llevar su merecido; y mas le digo á su merec; que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

—Cada cual tiene ó entiendo los suyos á su manera, tío Bernardo, contestó el capellán; pero difícil será que deis con él; que desparecido desde diez años, estará expatriado ó muerto; rogad mas bien por su alma ó por su conversión.

—Señor; dice el refrán que á carrera larga nadie escapa; y ahora que no puede dudar, no ha de parar hasta que dé con él; que en vientos se limpia el trigo y los malos con castigo.

—Si con buscarlo y acusarlo cumplis con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplis con una virtud de cristiano, tío Bernardo.

—¿Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin fin, señor, y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdón, tío Bernardo.

—Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estoy como su merec con un pé en el cielo, y le aseguro que si hoy con ese bribonazo, por la leche que mamá que ha de pagar sus delitos; y teneis, padre, que me condonareis por eso?

—No digas eso, amigo Bernardo, no digas eso; he expresado mi sentir sin acriminar al ajeno; pero ¿á qué discutir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que hallés al que crees rey?

—No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fue una gran casualidad, no Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor Don Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refrán que *mas largo es el tiempo que la fortuna*; se hallará; y si lo halla, de Dios le venga el remedio. Por lo pronto voy á llevar mi deposición al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban ramidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa en una de las calles principales de Madrid. El general parecía abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprochaba, y ambos vivamente interesados en su contienda.

—En ninguna época como en la nuestra, decía su hermano al general, se han visto hombres colocarse en primer término y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus eccentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que los sirvieron de escalones para subir; mancomunados el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes con el qué me se dá á mí de una sociedad que vive al día sin cuidarse mas que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con lo pasado, este desden por la cosa, este olvido indiferente hácia aquellas á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneración que les es debida solo por serlo.

—Hermano, contestó el futuro suegro del coronel, es tendencia general de los ancianos la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente; no quito séguite en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos cuando se trata de las malas tendencias que dominan, y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas son y serán imperfectas, por mas que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanan en querer perfeccionarla; si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva, y siempre movián igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otras gijas. Está ha sido, es y será siempre; acción, reacción, como si fuese la gran aspiración y respiración del mundo.

—¿Y todo esto, repuso el general, para venir á caer en que desaprobabas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el general, que la de no conocer á un padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin dilación; me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, que son pobres jornaleros, que han tenido un hijo, que en 18... fué embarcado como soldado para América, y que estan en la persuasión de que su hijo ha perecido, pues nunca más han vuelto á saber de él. El coronel dice que sus padres han muerto; ¿ahora bien, qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermana, el decirse hijo de ricos propietarios siendo de pobres jornaleros?

—Seria ridículo si fuese exacto.

—¿No darás pues la razon si desapruebas este enlace con un hombre que usó al feo bórton de descastado tan miserable vanidad?

—Hermano, no crea en tus noticias; mas dicho caso que fuesen ciertas, ¿son estas debilidades humanas suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda conveniente, si no lucida? Su carrera es brillante, su mérito es incontestable.

—Bien está, bien está; esto es en su vida militar; ¿pero y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios; además, es rico.

—Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano, fortuna hecha al juego.

—Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el general pasivamente afectado, y no pudiendo dejar de bostezar á su presunto yerno.

—No digo! exclamó con amargura el anciano; lo pasado es el surco en el mar; ¿qué extraño es que se pierda la virgüenza, si hoy día,

con personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú se consultan en quita-manchar de las mas feas?

—Pero, hermano, ¿dijo con triste inquietud el general, mi hijo lo quiere.

—Tu hija es una esclava y tú el nido que no se habría dejado ir á su cariño, si te hubieras opuesto á él.

—En este momento entró radiante el coronel, el que halló como de costumbre frio y seco al hermano del general; este en cambio se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de este visible desvío con muestras de afecto y de cordialidad que le prodigó.

No habia pasado un cuarto de hora cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—Adelante, gritó el general.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano asedadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

Bernardo! por fin visitáis! gritó el general, apenas lo vió, arrojándose hácia el recién entrado y echándole los brazos al cuello; colgándolo en seguida por la mano, lo arrastró tras de él al interior del despacho y presentándosele á su hermano y al coronel; aquí tenéis, dijo, á Bernardo, mi hijo, y valiente salvador al que debo la vida; mirad, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazón. ¿Pero cómo te va, amigo? ya veo que dos años han pasado sobre ti como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente, y de ánimo lo mismo, pues aunque mis tramejos pasa, no me amañan, que pesadumbres no pegan trampas. Su merced Usia el que está arrogante; ¡yál como que tiene diez años menos que yo; ya sé que su Esclencia se ha casado y tiene hijos como pimpollos; sea para bien.

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y la mujer?

—Señor, mi mujer está tan encojida y arrugada que parece una castaña pilonga; los hijos, uno sirve al rey, los demás estan casados y con un celemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas ya mas de mí.

—Señor, ¿y cómo dejó á la mujer?

—Te la traes.

—¿Qué, señor! mas fácil es irse á la cartuja; allí esta endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raíces que una cepa.

—Pues bien, voy á flucar, y no te faltará buena colocación; tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos; aquí tienes, añadió el general señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba, y aquí, prosiguió señalando al coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, habia hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse; pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con ese hombre no era fortuito, y que debia repetirle diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse al parecer tranquilo, y leía un periódico. Al oírse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al reciénvenido.

Pero apenas lo hubo fijado este, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altísimo.

Entre tanto el general se habla levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo el criado que entró, á este huésped que me ha llegado; que se la sirva de almorzar y se le atienda como persona de mi propia familia; anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos que ansian por conocerte; y empujando por el hombro al anciano que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese coronel? preguntó el criado el tío Bernardo.

—D. Victor Guerra; ¿lo conoces?

—Juraría que sí, contestó el huésped; pero por entonces no era coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra; pero como de esto hay tiempo, antes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tío Bernardo no habia podido pasar un bocado; á poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson habia salido; pero no habia pasado del portal, en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba al parecer algo que confirmase todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero, é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos por la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista y vió bajar al que esperaba con toda su arrogancia. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decía:

—¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—No has olvidado tu nombre, exclamó el tío Bernardo poniéndose frente al coronel; Juan Luis Navajas, ladrón, asesino; lo que sí puedes olvidar en tus postizas grandezas, es que la verdad adelgaza y no quiebra.

(Concluirá.)

A UNA COLONDRINA.

Vuela, vuela, dichosa golondrina,
Que acompañaste en el pasado estío,
Del desvelado misero vecina,
Las largas horas de sediento hastío.

Vuela; mas antes de lanzarte, espera
Al mar huyendo del cercano hielo,
Que aun te guarda por ver en la ribera
Una ciudad encantadora, el cielo.

Donde nunca la niebla entorbía el día
Ni se agostan las flores del verano,
Ni enciende el aire tempestad bravia,
Ni anhela el pecho por amor en vano.

Tente, descansa allí sobre la parda
Torre que altivo levantó el alarbe;
Ahora al vulgo codicioso, tarda
En rendir á la edad el ancho adarve.

Y acaso entre sus piedras carcomidas
Que salpican del mar olas inquietas,
Verás blancas ventanas escondidas
En la yerba que dan las hondas grietas.

Y allí encerradas cual en alto nido
Las tórtolas se encierran amorosas,
Si con vuelo llegaste no sentido
Verás mugeres como nunca hermosas.

¡Hijas del mar! Como la riza espuma
Que traen las olas en sonoro alarde,
Arde el rayo del sol, rota la bruma,
El rayo así de sus miradas arde.

Ojos que son reliquia peregrina
De la belleza de las madres moras,
Rasgados, las pupilas como endrina
Negras, y en pura luz abrasadoras.

Suelto el talle, copiosos los cabellos
Que en el color al ébano escaramecen,
Tersa la tez que miente en sus destellos
Flores de aquellas que á las plantas crecen.

¡Ay! no tiendas sin ver tanta hermosura
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo,
Y recuerda al mirarla mi ventura
Pasada, y piensa en mi presente duelo.

Y dí, mas que decirlo te dé enojos,
Diles, oh bella, á las que miras bellas,
Que amor no siento sino al ver sus ojos,
Ni siento dicha sino cerca de ellas.

Y diles que primero enflaquecida
Sus piedras soltará la antigua torre,
Que la ronca tormenta de la vida
De mí el recuerdo de sus nombres borre.

Y primero contigo tus hermanas
Cuando el invierno se desate impio,
Sus nidos dejarán en mis ventanas
Do eterno azota Guadarrama frio.

Que de mí se separen sus memorias
Y el pátrio amor de su ciudad morana,

Y olvide sus dulcísimas historias
Ea desdichada ó próspera fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo
Con los calores del futuro estío,
Dime, que anhela por saberlo el pecho,
Si oyeron gratas el recuerdo mio.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

ANTES, AHORA, DESPUES.

(A VICENTE BARRANTES.)

ANTES.

—Almas ¿á dónde voláis?
—Donde el gozo nos convida.
—¿Vais á la muerte?
—A la vida.
—¡La vida! ¿Y tan presto vais?
—El gozo y la paz, en ella
esperan nuestra llegada.
—¿Sabeis de lo que es morada
esa morada tan bella?

AHORA.

—¿Qué buscan esos mortales
con anhelar tan ardiente?
—La paz del alma doliente!
Sus ensueños celestiales!
—¿Tú qué pides?
—El honor.
—¿Qué buscas tú?
—La victoria.
—¿Y tú?
—Yo anhele la gloria.
—¿Y tú?
—La fé del amor.
—¿Y pensais encontrar tanto?
—Y mas.
—¿Así lo creéis?
Entonces ¿por qué verteis
furtivas gotas de llanto?

DESPUES.

—¿A dónde vais de esa suerte?
—Huyendo vamos del suelo.
—¿Y á dónde voláis?
—Al cielo.
—¿Y á quién llamais?
—A la muerte.
Ella se mueve á piedad
por el alma que suspira:
ya hemos visto la mentira...
¡Queremos ver la verdad!

ANTONIO ARNAO.

SONETO.

(A MI AMIGO EL SEÑOR D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.)

Lloró *Juanita* toda una semana
Porque Gil la dejó, galán ingrato,
Y quemando sus cartas y retrato
Vió deshacerse su esperanza vana.
Huyó galas, paseos y ventana,
Y de tierna amistad el dulce trato,
Halló el canal á sus pesares grato
Y en fósforos pensó ¡Misera Juana!
Mas subiendo una tarde hácia el Retiro
Encuéntrese á Tomás. ¡Jesús que gozo!
A entrambos el amor lanza su tiro.
El la mira bajándose el embozo,
Ella sonríe y clama en un suspiro
«¡Ya tengo otro por fin! ¡y es mejor mozo!»

Abril, 1885.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



(La buena estrella, llamada de los *etoiles* de Grandville.)

GRANDVILLE Y SU ÚLTIMA OBRA.

Entre los pintores que en la última década han adquirido gran reputación en París y en casi todo el mundo por sus ilustraciones llenas de ingenio y perfectamente ejecutadas, se encuentra Juan Ignacio Isidoro Gérard, conocido como artista con el nombre de L. J. Grandville, á quien se puede considerar, si no como inventor, al menos como primer maestro de este arte. Pocos artistas han logrado tanta popularidad como él, y con razón; pues ¿qué pintor hubiera representado los vicios, el ridículo, las pasiones y las costumbres de su tiempo con tanta delicadeza y verdad como él lo hizo en sus innumerables composiciones, siempre nuevas y llenas de propiedad?

Grandville era un artista especial; así es que al momento le encargaron los trabajos de los periódicos ilustrados y otras obras de lujo. Ilustró las fábulas de Lafontaine, de Florian, los cantos de Beranger, el Gulliver de Swift, el Robinson de Foe y los notables cuentos de Gerónimo Paturot. Pero bien pronto, llevado de su inagotable y ardiente

fantasía, dejó de seguir con su lápiz plumas extrañas, y empezó á escribir libros propios en su lenguaje figurado. Así tenemos las *excepciones de la vida privada de los animales*, los *diez refranes*, los *pequeños disgustos de la vida humana*, que hicieron mucho ruido en su tiempo, y finalmente, las *flores vivas*, su obra favorita, para la que agotó todos los recursos de su ingenio, de su originalidad y de su gracia poética.

Apenas había acabado Grandville este herbario de las más agradables flores, cuando ya pensó en otras creaciones. «Mira, dijo un día á su mujer, hace ya tiempo que tengo la vista fija solo en la tierra; voy pues á dirigirla ahora al cielo.» Y en el mismo día empezó á formar el bosquejo de *las estrellas* que debia ser la última obra de este genio inlignable. Efectivamente, al poco tiempo, y todavía en edad regular, le atacó una grave enfermedad, en la que solia decir á un amigo: «Crémé, Guiand, siento que tendré que hacer pronto allá arriba mis estudios sobre las estrellas; y no se engañaba, pues algunas semanas después era ya cadáver.